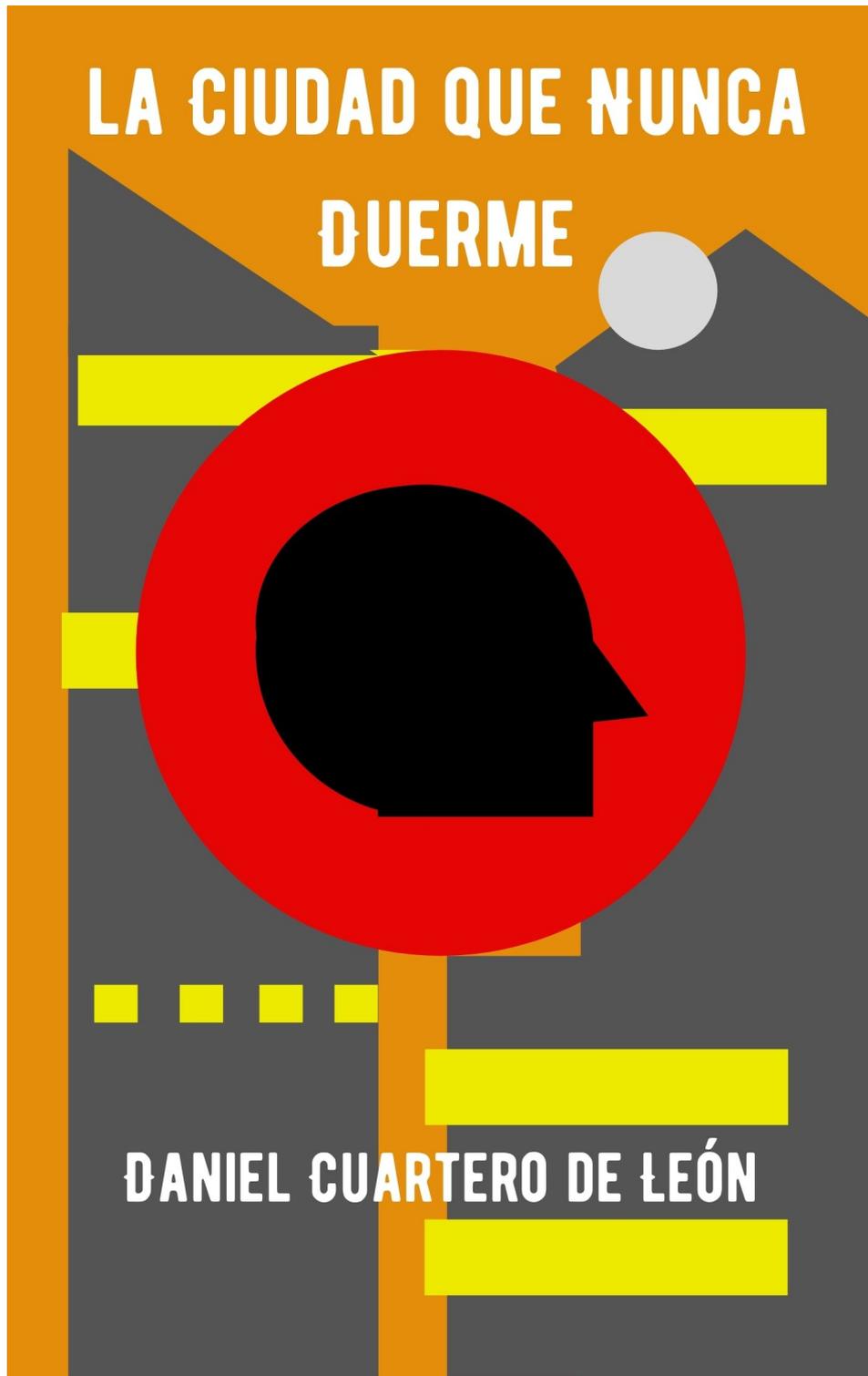


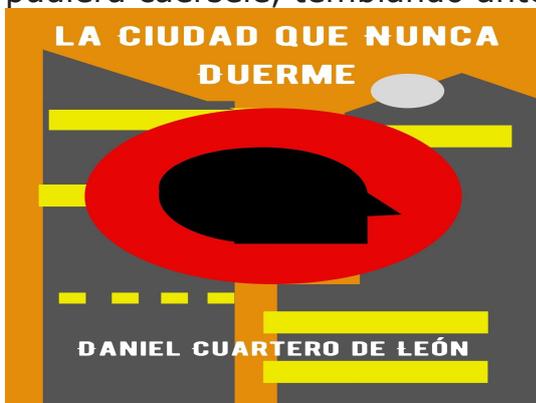
Recuerdos Felices

Daniel Cuartero de León



Capítulo 1

recuerdos Felices La lluvia ácida caía con furia desde las nubes, quemándole la piel a todo aquel demente que se hubiera atrevido a estar fuera con el más mínimo espacio de piel desprotegida. Entre los callejones que se escondían a la sombra de los titánicos edificios del centro de La Ciudad, un hombre corría, agarrándose a su abrigo para que las nocivas gotas no le llegasen. Buscaba un lugar solitario y discreto donde resguardarse, un sitio donde poder satisfacer la necesidad que le carcomía por dentro, mordisqueándole el cerebro para que se diera prisa y lo hiciera cuanto antes. Con cada paso que daba, el tesoro que guardaba en uno de sus bolsillos rebotaba, llevándole a agarrarlo con fuerza por miedo a que pudiera caérsele, temblando ante la sola idea que eso pudiera ocurrir.



Su maltrecho cuerpo era capaz de ignorar los pinchazos de la lluvia cada vez que aterrizaban en su piel, pero todo tenía un límite, y a pesar de su triste estado, el hombre era plenamente consciente de ello, en todas sus dimensiones. Finalmente encontró un agujero en el que resguardarse, un rincón solitario y protegido por el techo del edificio del que formaba parte. Con la ropa empapada y todavía humeando, saqueó un notable montón de basura para hacerse con desechos con los que poder ganar un poco más de intimidad, para ocultarse de los ojos de un cruel mundo que nunca dejaría de juzgarle a pesar de su miseria.

Ahora que se sentía a salvo y en los brazos de la oscuridad que le garantizaría discreción, en su pequeño mundo privado, sacó el preciado objeto de su bolsillo y lo miró pensativo. Podía sentir como una parte de él no quería volver a caer en aquel agujero que al final le producía más miseria que alivio, pero su necesidad de olvidarse de todo y encontrar una pequeña chispa de felicidad ahogaron aquel miedo lo suficiente para que tomara el siguiente paso. El pequeño dispositivo descansaba en la palma de su mano, visiblemente desgastado por todos los usos que le había dado, la pintura de parte de los iconos desaparecida por el constante roce. Las manos le temblaban de emoción al sostener la tarjeta que contenía la memoria en la otra mano, mientras rezaba por que su camello no le hubiese tomado el paso y pasado una de mala calidad, o peor, especialmente después de todo lo que había pagado.

– Más vale que esta mierda funcione. – Dijo mientras empezaba a notar gotas de sudor que se empezaban a deslizar sobre su piel y a humedecer

sus manos sucias. In ser capaz de aguantar un solo segundo más, se colocó el aparato en la frente y activó el recuerdo, saltando en los brazos de aquella ilusión para escapar del mundo en el que estaba obligado a vivir. Las drogas no le servían de nada, le permitían evadirse de la realidad, pero nada más, no le permitían sentir felicidad o rellenar el vacío en su interior, y a cambio destrozaban su cuerpo. Sin embargo, lo mismo no pasaba al revivir los momentos de alegría de otras personas, experimentar la felicidad que habían sentido en un tiempo que les acompañaría por siempre. El hombre cerró los ojos y de repente se encontró recorriendo la campiña en un día soleado, rodeado de hierba, árboles y verde, a diferencia de los oscuros callejones ocultos entre los colosos de la ciudad, que bloqueaban la luz del sol cuando las nubes decidían darles un respiro. Dejó que la inercia le llevase por una cuesta mientras el viento le sacudía la cara y satisfactorias y pequeñas gotas de sudor salpicaban su cuerpo, esta vez nacidas del fruto del ejercicio. Se dejó llevar por su propia mente, experimentando aquellos bosques desconocidos y alejados de La Ciudad, donde corría libremente junto a su bicicleta, viendo en la distancia las vacas y cabras que los pastores habían sacado a pasear.

Cuando la fuerza de la memoria comenzaba a desvanecerse, el hombre se acurrucó en su rincón mientras aún disponía del calor y felicidad que le proporcionaban, aprovechando aquella chispa de esperanza ajena hasta que no quedase nada mientras la lluvia seguía cayendo sin piedad por fuera.